

La viuda de Dios encuentra la voluptuosidad de la nada. Nihilismo y ironía en Machado de Assis y Nietzsche¹

Vitor Cei

(Universidade Federal de Rondônia, Brasil)²

Resumen: En el contexto de la discusión sobre el nihilismo, acontecida en la filosofía alemana del siglo XIX, se desarrolla una fuerte polémica en la que también se ve comprometida la creación literaria. Conviene destacar la importancia del pensamiento de Nietzsche. El filósofo fue quien justificó en el discurso filosófico el concepto de nihilismo, durante el último tercio del siglo XIX. En este trabajo abordamos la cuestión del nihilismo en la literatura de Machado de Assis y su relación con esa controversia, exponiendo la diferencia de sus intentos con aquellos provenientes de la filosofía alemana. Nuestra hipótesis es que el escritor brasileño tuvo una aguda conciencia de la naturaleza compleja del nihilismo en su tiempo, pero efectuó un abordaje en clave de broma.

Palabras clave: Filosofía de la literatura, Ironía, Muerte de Dios, Nihilismo.

Abstract: In the context of the discussion of nihilism, which occurred in the nineteenth century German philosophy, took place a strong controversy involving literature and philosophy. It's worth remembering the importance of Nietzsche's thought, the most prominent nineteenth century philosopher who has written on the subject. This paper aims to approach the problem of nihilism in Machado's literature, contrasting his approach with the German philosophical tradition. Our hypothesis is that the Brazilian writer had an acute awareness of the complex nature of nihilism in his time, but approached the problem with a playful pen, in a critical and comic tone.

Keywords: Philosophy of literature, Irony, Death of God, Nihilism.

1. Artículo original e inédito, pero contiene la reformulación de algunos de los desarrollos presentes en mi tesis doctoral *A voluptuosidade do nada: o niilismo na prosa de Machado de Assis*, defendida en la Universidade Federal de Minas Gerais, financiada por una beca de la Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de Minas Gerais y publicada en Brasil por la editorial Annablume en 2016. Agradezco las correcciones de estilo a Edna Parra.

2. Profesor de la Universidade Federal de Rondônia, UNIR, Porto Velho, Brasil. Coordinador del grupo de investigación Ética, Estética e Filosofia da Literatura. Doctor en *Estudios Literarios* por la Universidade Federal de Minas Gerais (Brasil), con doctorado sandwich en la Freie Universität Berlin (Alemania). Licenciado en Filosofía por la Universidade Federal do Espírito Santo (Brasil). Ha publicado artículos a nivel nacional e internacional en revistas, libros y actas de congresos.

Este trabajo piensa una interesante zona de confluencia entre la obra de Joaquim Maria Machado de Assis y la del filósofo Friedrich Nietzsche; conectada, en parte, a influencias literarias y filosóficas en común, pero también a un claro *leitmotiv*: el nihilismo. Aunque el nihilismo en la obra del escritor brasileño presente muchas afinidades electivas con el nihilismo europeo, sus características son únicas –prefiguradas en las obras de juventud y configuradas en su prosa madura.

El título *La voluptuosidad de la nada* viene de una expresión utilizada por el personaje Pandora, en el capítulo siete, “El delirio”, de *Memorias póstumas de Blas Cubas*, libro divisor de aguas de la obra machadiana, que determina el punto de partida de nuestro trabajo, ya que establece un horizonte propio de debate sobre el problema filosófico del nihilismo:

Lo creo; yo no soy solamente la vida; soy también la muerte, y tú estás a punto de devolverme lo que te he prestado. Grande lascivo, te espera la voluptuosidad de la nada.

Al resonar esta palabra, como un trueno, en aquel inmenso valle, figuróseme que era el último sonido que llegaba a mis oídos; pareciome sentir la descomposición súbita de mí mismo. La miré entonces con ojos suplicantes y le pedí algunos años más.

—¡Pobre minuto! —exclamó—. ¿Para qué quieres algunos instantes más de vida? ¿Para devorar y ser devorado después? ¿No estás harto del espectáculo y de la lucha? De sobra conoces todo lo que te he deparado menos torpe o menos doloroso: el albor del día, la melancolía de la tarde, la quietud de la noche, los aspectos de la tierra, el sueño, en fin, el mayor beneficio de mis manos. ¿Qué más quieres, sublime idiota?

—Vivir solamente, no te pido otra cosa. ¿Quién sino tú ha puesto en mi corazón este amor a la vida? Y si yo amo la vida, ¿por qué te has de golpear a ti misma, matándome?

—Porque ya no te necesito. No le importa al tiempo el minuto que pasa, sino el minuto que viene. El minuto que viene es fuerte, jocundo, se supone que trae en sí la eternidad, y trae la muerte, y parece como el otro, pero el tiempo subsiste. ¿Egoísmo, dices? Sí, egoísmo, no tengo otra ley. Egoísmo, conversación. La onza mata al novillo porque el raciocinio de la onza es que debe vivir, y si el novillo es tierno tanto mejor: ahí tienes el estatuto universal (Assis, 2006 29).

En el delirio de Blas Cubas, la naturaleza (Pandora), fuente primera de toda la historia de los hombres, aparece fría, egoísta, sorda ante la angustia de aquellos que ella misma generó. Si toda civilización es un esfuerzo de defensa contra la naturaleza, no hay conformismo; hay el amargo reconocimiento del nihilismo.

El nihilismo es la creencia de que la vida no tiene sentido y por lo tanto no vale la pena vivirla. La palabra viene del latín *nihil*, “nada”, que significa reducción a la nada, aniquilación y no-existencia. Nihilismo quiere decir que todo ente es *nihil*, nada. La

palabra oscila entre la apatía y la violencia, entre la indiferencia y el egoísmo, entre el derrotismo y el desenfreno. Apatía por la marcha de las cosas, indiferencia por la suerte de los otros o derrotismo que se sume en la pasividad. Nihilismo sería una curiosa mezcla de relativismo e intolerancia.

El concepto comenzó a ser utilizado en el debate filosófico de finales del siglo XVIII, asociado a polémicas, designando las doctrinas que se niegan a reconocer la realidad o valores metafísicos, morales o políticos considerados importantes por la tradición. Contumazmente asociado a Arthur Schopenhauer (que ni siquiera una vez ha utilizado el término en cuestión) el concepto ganó prominencia en los movimientos sociales de Rusia en el siglo XIX. El término se aplicó a los jóvenes radicales que repudiaban el cristianismo y consideraban a Rusia como una sociedad atrasada y opresiva, a la que había que transformar mediante la revolución. En la literatura rusa, el personaje Arkádi Kirsánov, del libro *Padres e hijos*, de Iván Turguénev, definió acertadamente esa cosmovisión: “Un nihilista es una persona que no se somete a ninguna autoridad, es aquella que no acepta ningún principio basado en la fe, por más que este principio sea venerado” (Turguénev, 2004 46-47).

El primer filósofo que se dedicó a pensar el nihilismo como uno de los conceptos centrales de su obra fue un contemporáneo de Machado de Assis, Friedrich Nietzsche. El filósofo alemán hizo sus primeras lecturas sobre el tema en las obras de Paul Bourget, Iván Turguénev, Fiódor Dostoyevski y probablemente en periódicos que informaron sobre los ataques en Rusia. Después de Nietzsche, según Theodor Adorno, “la filosofía no podría renunciar a dicho término” (Adorno, 2009 314).

Identificado por Nietzsche como el agotamiento de la capacidad humana para crear significado y valor, el nihilismo ganó impacto con la crisis de los valores de la segunda mitad del siglo XIX, en el contexto del problema axiológico generado por la imagen de un mundo científico mecanicista y “esencialmente *sin sentido*” (Nietzsche, 2001 277).

En las obras del Nietzsche maduro, el análisis de la decadencia de nuestra época se amplía con el gran panorama del nihilismo como carácter general de la historia de la civilización occidental. El nihilismo, como fisonomía general de nuestra civilización, es el proceso de depreciación, de los valores supremos que se arraiga en la moral cristiana – el cristianismo consumió la separación entre Dios y el mundo, devaluó las pulsiones naturales del hombre y puso al más acá en manos de la nada. Cristianismo, moral y metafísica son los componentes esenciales del nihilismo. Así, Nietzsche comprende el nihilismo como consecuencia necesaria del cristianismo y de su moral.

Nietzsche, interesado en hacerse médico de nuestra civilización, creando las bases para la introducción de nuevas formas de evaluar, escribió narraciones acerca de la crisis global de los valores centrales de la cultura occidental, destacando la problemática del

nihilismo y de la muerte de Dios. Si el nihilismo hace imposible apoyar los valores que sustentan la vida en la sociedad, el filósofo sostiene que la estrategia para superar el nihilismo es reevaluar los valores que niegan la vida:

El nihilismo aparece ahora *no* porque el disgusto por la existencia sea mayor que antes, sino porque, en general, nos hemos vuelto desconfiados frente a un “sentido” en el mal, efectivamente en la existencia. Se ha hundido una interpretación pero, puesto que valía como la interpretación, parece como si no hubiese ningún sentido en absoluto en la existencia, como si todo fuera *en vano*. Queda por demostrar que ese “en vano” es el carácter de nuestro nihilismo actual (Nietzsche, 2005 56-57).

De acuerdo con Nietzsche, el nihilismo es “parte destructivo, parte irónico” (1999: 353). Machado de Assis retrata el nihilista irónicamente. Ejemplar es el cuento “Último Capítulo”, narrado por el suicida Deodato Matias de Castro e Melo. Cansado y aburrido, aceptando la insignificancia de la vida y de la muerte, el narrador entendía que no podía encontrar la felicidad en cualquier lugar, hasta que encontró un hombre que, a pesar de ser víctima de reveses, caminaba sonriendo y aparentemente feliz, contemplando los zapatos nuevos. Motivado por ese encuentro, el narrador determina en su testamento que el valor de su modesta herencia se gaste en la adquisición de nuevos zapatos y botas, y que se distribuyan entre la gente, por un modo determinado, haciéndola feliz:

Al cabo de diez minutos, vi pasar un hombre bien vestido, mirándose los pies. Lo conocía de vista; había sido víctima de reveses importantes, pero se reía, y contemplaba los pies, mejor dicho, los zapatos. Zapatos de charol, nuevos y perfectos. Alzaba la vista hacia las ventanas, a las personas, y otra vez a los zapatos, como una ley de la atracción, anterior y superior a la voluntad. Caminaba alegre; se le veía en la cara lo dichoso que iba. Por supuesto que estaba feliz; y tal vez no hubiese comido; quizá no tuviese ni un centavo en el bolsillo. Pero estaba feliz, y contemplaba las botas. ¿Es la felicidad un par de botas? Este hombre tan golpeado por la vida, por fin encontró la risa de la ventura. *Nada vale nada*. Ninguna preocupación de este siglo, ningún problema moral o social, ni las alegrías de la generación que empieza o los dolores de la que se termina, la miseria o la lucha de clases; crisis del arte y de la política, nada vale, para él, un par de botas. Las mira, las respira, luce con ellas, apisona con ellas el suelo de un mundo que le pertenece. De ahí el orgullo de las actitudes, la rigidez de los pasos, y cierto aire de tranquilidad olímpica... Sí, la felicidad es un par de botas (Assis, 2008b 363).

La frase “nada vale nada”, para marcar el nihilismo como la experiencia histórica de la negatividad radical, muestra la ironía con la que el escritor brasileño señala repetidamente que los conceptos importados de Europa sufren desplazamientos en Brasil, muchos risibles. Sin duda la expresión del nihilismo en Brasil difiere de su expresión en Europa.

Nietzsche también ha advertido la relación intrínseca entre el concepto y el contexto y el riesgo de descontextualización. Si la comunidad científica comprende habitualmente

los términos “occidental” y “europeo” indistintamente, enmarcando mecánicamente las antiguas colonias europeas en el mundo occidental, Nietzsche ha distinguido el “nihilismo europeo” del nihilismo budista y de la “niilina” rusa, admitiendo que el nihilismo no tiene una historia universal. Por lo tanto, se necesita pensar el nihilismo como factura estética en la prosa de Machado de Assis, dándole fisonomía propia al pensamiento nacional.

Si el nihilismo ocupa lugar importante en la obra de Machado, el tratamiento es irónico y cómico, como podemos comprobar en una crónica de la serie “A Semana”, publicada en el periódico *Gazeta de Noticias* en 26 de junio 1892:

El nihilismo tiene la ventaja de matar pronto. Y entonces es misterioso, dramático, épico, lírico, todas las formas de la poesía. Un hombre cena tranquilo, entre una señora y un chiste, le cuenta el chiste a la señora, y cuando se va a hacer un brindis... estalla una bomba de dinamita. Adiós, hombre tranquilo; adiós, chiste; adiós, señora (Assis, 2008e 899).

Otro narrador machadiano, José Marcondes da Costa Aires, que al principio no se debe considerar nihilista, está envuelto, asimismo, en una atmósfera de nihilismo. En su *Memorial de Aires*, en la anotación del 28 de julio, puntuó: “Costumbres e instituciones, todo se extingue” (Assis, 2008a 1266). ¿La extinción de todo, el agotamiento de los valores e ideales que sostenían todas las esferas de las actividades humanas, no son lo que, según Nietzsche, caracteriza el nihilismo?

Concluyente es el último capítulo de *Memorias póstumas de Blas Cubas*, “De las negativas”, según el cual si todos morimos, sólo queda la voluptuosidad de la nada. La “pluma de la broma” corroe toda esperanza –herencia de Pandora, madre y enemiga– intensificando los trazos de la tinta de la melancolía:

Este último capítulo es todo de negativas. No alcancé la celebridad del emplasto, no fui ministro, no fui califa, no conocí el matrimonio. Verdad es que, al lado de estas faltas, me tocó o me cupo la buena fortuna de no comprarme el pan con el sudor de mi frente. Otra cosa: no padecí la muerte de doña Plácida, ni la semidemencia de Quincas Borba. Sumadas unas cosas y otras, cualquier persona se imaginará que no hubo mengua ni sobra, y por consiguiente que salí a las tablas con la vida. E imaginará mal, porque al llegar a este otro lado del misterio, me encontré con un pequeño saldo, que es la postrer negativa de este capítulo de negativas: no tuve hijos, no trasmití a ningún ser el legado de nuestra miseria (Assis, 2006 307).

El problema gana proporciones y se encamina hacia otra cuestión filosófica estrictamente relacionada: la muerte de Dios. Este problema, que no es equivalente al ateísmo, está intrínsecamente relacionado con el nihilismo, la sensación de vacío que proviene precisamente de la muerte de Dios, es decir, el colapso de la metafísica y la moral socrático-platónico-judeo-cristiana.

La muerte de Dios

El gran acontecimiento de que Dios ha muerto significa que todo el horizonte, a partir del cual el hombre occidental ha interpretado su existencia, desde hace dos milenios, como si todo estuviera dispuesto para la salvación de su alma, ha sido borrado.

Nietzsche, reconocido como el anunciante de la muerte de Dios, fue el primer autor que proporcionó una base teórica para ese evento, pero no fue el primero en abordar la cuestión, que es recurrente en la cultura occidental desde la antigüedad clásica, estando presente en los mitos de Pan y Dioniso, en el cristianismo y en el idealismo alemán. Por lo tanto, Gilles Deleuze sostiene que “la muerte de Dios, que decía ser el único, es en sí misma plural: la muerte de Dios es un acontecimiento cuyo significado es múltiple” (Deleuze, 2001 9).

El abandono de la hipótesis teísta y su impacto en la reflexión moral es una preocupación que impregna toda la producción de Nietzsche desde *La gaya ciencia*, con destacada y reconocida influencia de Dostoyevski. Aunque el filósofo no ha escrito de forma continua sobre la relación del nihilismo con la muerte de Dios, hay breves, pero importantes consideraciones acerca del tema, especialmente en el párrafo 125 de *La gaya ciencia*:

¿No habéis oído hablar de aquel hombre frenético¹¹¹ que en la claridad del mediodía prendió una lámpara, corrió al mercado y gritaba sin cesar: “¡Busco a Dios, busco a Dios!”? Puesto que allí estaban reunidos muchos que precisamente no creían en Dios, provocó una gran carcajada. “¿Es que se ha perdido?”, dijo uno. “¿Se ha extraviado como un niño?”, dijo otro. “¿O es que se mantiene escondido? ¿Tiene temor de nosotros? ¿Se ha embarcado en un navio? ¿Ha emigrado?” — así gritaban y reían confusamente. El hombre frenético saltó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. “¿A dónde ha ido Dios?”, gritó, “¡yo os lo voy a decir! ¡Nosotros lo hemos matado — vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! ¿Pero cómo hemos hecho esto? ¿Cómo fuimos capaces de beber el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Hacia dónde nos movemos nosotros? ¿Lejos de todos los soles? ¿No caemos continuamente? ¿Y hacia atrás, hacia los lados, hacia adelante, hacia todos los lados? ¿Hay aún un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? ¿No nos sofoca el espacio vacío? ¿No se ha vuelto todo más frío? ¿No llega continuamente la noche y más noche? ¿No habrán de ser encendidas lámparas a mediodía? ¿No escuchamos aún nada del ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No olemos aún nada de la descomposición divina? —también los dioses se descomponen. ¡Dios ha muerto! ¡Dios permanece muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!¹¹². ¿Cómo nos consolamos los asesinos de todos los asesinos? Lo más sagrado y lo más poderoso que hasta ahora poseía el mundo, sangra bajo nuestros cuchillos —¿quién nos lavará esta sangre? ¿Con qué agua podremos limpiarnos? ¿Qué fiestas expiatorias, qué juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de este hecho demasiado grande para nosotros? ¿No hemos de convertirnos nosotros mismos en dioses, sólo para

aparecer dignos ante ellos? ¡Nunca hubo un hecho más grande — y quienquiera nazca después de nosotros, pertenece por la voluntad de este hecho a una historia más alta que todas las historias habidas hasta ahora!” [...] Se cuenta que aquel mismo día el hombre frenético irrumpió en diferentes iglesias y entonó su *Requiem aeternam deo* [Descanso eterno para Dios]. Sacado de ellas e impelido a hablar, sólo respondió una y otra vez: “¿Qué son aún estas iglesias, si no son las criptas y mausoleos de Dios?” (Nietzsche, 1990 114-115).

Ese aforismo es una ficción filosófica, o filosofía en forma literaria, mezcla de anécdota, parodia y sermón. Ironía, sátira y una seriedad casi solemne se mezclan en un recuento de la historia del filósofo cínico Diógenes de Sinope con la linterna. Según la anécdota narrada por Diógenes Laërtios, el filósofo del barril caminaría durante el día con una linterna encendida a gritar “busco a un hombre” (2008 162). Nietzsche transformó la historia popular de Diógenes en la expresión de uno de sus principales pensamientos: la linterna se convirtió en la metáfora irónica para la búsqueda inútil de Dios, que es muerto.

Si Nietzsche hubiera dicho “Dios no existe” no habría mayores dificultades, puesto que expresaría, de ese modo, con esa proposición, su ateísmo. Pero la proposición que funciona aquí como esencia del nihilismo no es “Dios no existe”, sino “Dios ha muerto”. Dios se ha hecho irrelevante para el modo de orientación de la burguesía moderna en el mundo, hecho que ha preparado el nihilismo como fenómeno histórico. Hay que destacar, sin embargo, que la mayoría de los hombres no experimenta el nihilismo en toda su amplitud y, aun después de la muerte de Dios, se sigue creyendo en su sombra:

Después de la muerte de Buda, durante siglos se mostró su sombra en una caverna —una sombra monstruosa y pavorosa. Dios ha muerto: sin embargo, tal como es la especie humana, durante milenios habrá cavernas en las que tal vez se mostrará su sombra. Y nosotros —¡también nosotros tenemos que vencer todavía su sombra! (Nietzsche, 1990 103).

Aunque la humanidad sea viuda de Dios y la metafísica haya sido rechazada, no ha ningún progreso con relación a la dependencia problemática de los hombres hacia una entidad que garantice la seguridad y el significado de su existencia. Por lo tanto, predomina la sustitución de fundamentos divinos por formas laicizadas de verdad o justificación.

Machado de Assis nunca escribió, como Nietzsche, que “Dios ha muerto”. Sin embargo, en varios pasajes de su obra el escritor brasileño se refiere a la muerte de Dios, acontecimiento fundamental de la modernidad que provoca el colapso de la interpretación moral del mundo y lleva a la ruina valores divinos que proporcionaron un sentido al mundo.

“Vosotros, hijos de un siglo sin fe” (Assis, 2008e 1247), el cronista escribe para sus lectores de *A Semana* en 26 de enero de 1896. A primera vista, la frase parece

trivial, a fin de cuentas existe algún consenso sobre el supuesto anticlericalismo y ateísmo del fundador de la Academia Brasileira de Letras. Varios estudiosos han señalado que Machado habría retratado “la incredulidad del siglo y la flojera de los mismos creyentes” (Assis, 2008e 1101).

“Los dioses han desaparecido del cielo”, señaló Alcides Maya (2007 30); “El anticlericalismo se incluyó en sus pautas”, señaló Jean-Michel Massa (2009 441); “Poco a poco, a medida que se iba afianzando, fue perdiendo todas las creencias. Y solo cuando llegó a la incredulidad, la incredulidad en el cielo y la tierra, en Dios y en el hombre, él ha producido sus grandes obras”, concluyó Lucia Miguel Pereira (1988 85); “Machado, hombre sin Dios y solo a ver el hombre sin Dios”, criticó Afrânio Coutinho (1940 136-137); “En el recorrido de Machado de Assis, en particular después de la hoguera de las ilusiones de 1880, en la crisis de los años cuarenta, no hay Dios”, analiza Raymundo Faoro (2001 435).

Los biógrafos afirman que, al morir, Machado negó la confesión y la extremaunción. Sin embargo, en los textos disponibles en su obra completa en cuatro volúmenes, no hay ninguna afirmación metafísica acerca de la no existencia de Dios. En ninguna parte Machado se declara ateo o no creyente. Por lo tanto, de su obra no se pueden sacar conclusiones perentorias sobre el ateísmo. Debemos suspender el juicio, según lo sugerido por el cronista de la serie *A Semana*: “No afirmo nada, porque me falta la autoridad teológica adecuada; echo mano de lo dudoso” (Assis, 2008e 898).

La posición de Machado tendría, en tal caso, que ser descrita de la siguiente manera: el hombre moderno ha abandonado la creencia en un Dios garantizador de la verdad y del significado de la vida y no basa sus acciones por los genuinos valores cristianos. El Dios cristiano y la idea de la trascendencia se hicieron indignos de la creencia.

Ejemplar es una crónica publicada el 4 de diciembre de 1892, que menciona las controversias entre la iglesia positivista y la iglesia católica, y señala que ambas están de acuerdo en un punto: la necesidad de subordinación a la fe en Dios, para los católicos, y en la humanidad, para los positivistas: “Por lo que me toca, eterno discordante, no tengo tiempo para hallar una opinión media. Me temo que la Humanidad, *viuda de Dios*, recuerde que debe ingresar a un convento; pero también me temo lo contrario. Cuestión de humor” (Assis, 2008e 942).

La primera alusión a la muerte de Dios data del 1 de julio de 1876. Manasés (pseudónimo de Machado), preocupado con el momento en que el Oriente se derrumba, debido a la muerte del sultán turco, escribió: “¡Se van los dioses y con ellos las instituciones! Me dan ganas de exclamar como un tal cardenal: *Il mondo casca!*” (Assis, 2008c 304).

El 24 de noviembre de 1883, Lélío (otro pseudónimo de Machado), repite el “dicho del Cardenal Antonelli: *il mondo casca*” (Assis 2008d: 504-505). La traducción

se ofrece sólo en la Navidad de 1892: “El mundo caduca - pensó tristemente un día no se sabe qué cardenal de la Santa Iglesia Romana; y bien hizo en morir poco después, para no oír de parte del oriente esta refutación de los incrédulos: – El mundo se reconstituye” (Assis, 2008e 946-947).

El verbo italiano “cascare” significa caerse por su mismo peso, desplomarse, derrumbarse. El mundo caduca, pero a la vez se rehace a sí mismo – una vida de paradojas y contradicciones, en la que todo lo sólido se desvanece en el aire.

Si la modernidad, contexto histórico del surgimiento del nihilismo, le indignaba a Manasés, pseudónimo de la primera fase de Machado, Lélío aborda el tema con la pluma de la broma. En la crónica de *Balas de Estalo*, publicada el 11 de agosto de 1883, Lélío corrige el juicio de su predecesor:

¡Se van los dioses! Es una fórmula equivocada en este año de 1883. No; los dioses se han ido sin dejar rastro [...]. Otro indicio de que los dioses ya no están aquí es el gas del Carmo. Los dioses amaban la cera y el aceite; el gas, este producto científico e industrial era para las tiendas, las calles y nuestras casas. Había de hecho algunas casas que sólo admitían velas. En cualquier caso, sólo el aceite y las velas se introdujeron en los templos. ¡Hélas! El gas recién los despide del Carmo. Benditas velas de cera, aceite bíblico, ¿adónde vais? [...] Carillón y gas son dos indicios de la ausencia de los dioses. Adónde van esos buenos dioses de antaño, cuando tenían su música y también su luz, diferentes de la música y de la luz de los teatros? (Assis, 2008d 489-490).

Los dioses se han ido sin dejar rastro. El nihilismo es la falta de sentido que se ha establecido entre nosotros a partir de la muerte de los dioses. “¡Se van los dioses! Mueren las dulces y benditas creencias” (Assis, 2008e 1098), escribió el cronista de *A Semana*, el 26 de agosto 1894. Los dioses a los que alude son sin duda el dios cristiano y también el suprasensible, el fundamento, los ideales, las normas, los principios, los fines, los valores, todo aquello capaz de proporcionar finalidad, orden y sentido.

Machado de Assis ironiza la situación. A propósito de un *fait diver*, una carta de un miembro de una comisión estadounidense en Pernambuco, Machado parece burlarse de las discusiones filosóficas y teológicas acerca de Dios y de la muerte de Dios: “Nuestro huésped también recomienda brazos, brazos y temor de Dios. El segundo es preocupación anglosajona que no horada las almas latinas” (Assis, 2008e 1321).

Consideraciones finales

Es razonable concluir que Machado de Assis ha escrito sobre el problema filosófico del nihilismo y de la muerte de Dios con la pluma de la broma. Cuando se lee en clave paródica, la historia de la muerte de Dios y del nihilismo cobra un nuevo interés.

Machado, en tono cómico, de manera crítica e irónica, contrastó su escrita con relación a la gravedad de la de Nietzsche, que no ha dejado de tener sus ironías.

La conciencia del carácter históricamente complejo del nihilismo, rara (y quizá única) en un escritor brasileño de la segunda mitad del siglo XIX, da al estudio del nihilismo, en la obra de Machado de Assis, un valor que suponemos no ser solo literario, sino también histórico y filosófico.

Si el valor histórico de la obra de Machado ya ha sido señalado por críticos importantes como Roberto Schwarz (2000), Raimundo Faoro (2001), John Gledson (2003) y Sidney Chalhoub (2003), la “densidad filosófica” de Machado, esencial para la comprensión de su obra, parece ser un consenso en la fortuna crítica, como señaló Miguel Reale (2005 11). Nuestro autor, así definido por Jacyntho Lins Brandão, no era sólo un escritor, sino también un pensador – y sobre todo “pensador de la cultura brasileña” (2001 128). Hay que reconocer, por lo tanto, que “la ficción es también una forma de pensar” (1979 9), comprendiendo la literatura de Machado como repositorio de conceptos.

Bibliografía citada

Adorno, Theodor. *Dialéctica negativa*. Trad. Marco Antônio Casanova. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2009. Impreso. Impreso.

Assis, Machado de. *Memorias póstumas de Blas Cubas*. Trad. Omar Moreno. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2006. Impreso.

---. “Memorial de Aires.” *Obra completa, em quatro volumes*: volume 1. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 2008a. Impreso.

---. “Histórias sem data.” *Obra completa, em quatro volumes*: volume 2. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 2008b. Impreso.

---. “Histórias de Quinze Dias.” *Obra completa, em quatro volumes*: volume 4. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 2008c. Impreso.

---. “Balas de Estalo.” *Obra completa, em quatro volumes*: volume 4. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 2008d. Impreso.

---. “A Semana.” *Obra completa, em quatro volumes*: volume 4. Rio de Janeiro: Nova Aguilar, 2008e. Impreso.

Brandão, Jacyntho Lins. “A Grécia de Machado de Assis.” *Kléos* 5/6 (2001): 125-144. Impreso.

Chalhoub, Sidney. *Machado de Assis, historiador*. São Paulo: Companhia das Letras, 2003. Impreso.

Coutinho, Afrânio. *A filosofia de Machado de Assis*. Rio de Janeiro: Editora Vecchi, 1940. Impreso.

- Deleuze, Gilles. *Nietzsche e a filosofia*. Trad. António Magalhães. Porto: Rés-Editora, 2001. Impreso.
- Gledson, John. *Machado de Assis: ficção e história*. Trad. Sônia Coutinho. São Paulo: Paz e Terra, 2003. Impreso.
- Faoro, Raymundo. *Machado de Assis: a pirâmide e o trapézio*. São Paulo: Globo, 2001. Impreso.
- Laértios, Diôgenes. *Vidas e doutrinas dos filósofos ilustres*. Trad. Mário da Gama Kury. Brasília: Editora Universidade de Brasília, 2008. Impreso.
- Massa, Jean-Michel. *A juventude de Machado de Assis, 1839-1870: ensaio de biografia intelectual*. Trad. Marco Aurélio de Moura Matos. São Paulo: Editora da UNESP, 2009.
- Maya, Alcides. *Machado de Assis: algumas notas sobre o humour*. Porto Alegre: Movimento, 2007. Impreso.
- Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial: la gaya scienza*. Trad. José Jara. Caracas: Monte Avila Editores, 1990. Impreso.
- . "Nachgelassene Fragmente 1885-1887." *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe*. Berlin: de Gruyter, 1999. Impreso.
- . "O Niilismo Europeu: Lenzer Heide." *Clássicos da Filosofia: Cadernos de Tradução*, 3 (2005): 55-61. Impreso.
- Nunes, Benedito. "Machado de Assis e a filosofia." *Travessia*, 19 (1979): 7-23. Impreso.
- Pereira, Lúcia Miguel. *Machado de Assis: estudo crítico e biográfico*. São Paulo: EDUSP, 1988. Impreso.
- Reale, Miguel. "A filosofia na obra de Machado de Assis." *Revista Brasileira*. 11, 44 (2005): 7 -33. Impreso.
- Schwarz, Roberto. *Um mestre na periferia do capitalismo: Machado de Assis*. São Paulo: Duas Cidades, 2000. Impreso.
- Turguêniev, Ivan. *Pais e Filhos*. Trad. Rubens Figueiredo. São Paulo: Cosac Naify, 2004. Impreso.